

rece que no cabrían en el mundo los libros que se habrían de escribir.”

Nada extraño es por lo mismo el silencio de los evangelios, y mucho menos si se advierte que, tratándose de María, son en extremo sobrios, debido, sin duda, á que la humildad de esta Maestra de los Evangelistas se les imponía, al escribirlos.

Ni fuera lícito decir, que siendo el objeto principal de la última cena la creación del sacerdocio nuevo, debió quedar la Virgen excluida de aquel Misterio, por razón de su sexo.

Al contrario, dice el P. Tesnière, difícil sería poner de acuerdo la ausencia de María en la última cena, con su participación en los otros misterios de Jesucristo, tanto más cuanto que ninguno de esos misterios está más íntimamente ligado al de su concepción, en el seno de una Virgen sin mancha, en donde tomó su cuerpo y su sangre, como aquel por el cual ofrece el uno y la otra en alimento á sus apóstoles y, por medio de ellos, á las futuras generaciones cristianas.

¿Y la Virgen Inmaculada, la que desde los días ya entonces lejanos de Belén sabía que su hijo se haría pan de vida para nutrir á las almas, la que aguardaba esa hora bendita con las impacien-

cias de un amor casi divino, podría haber sido privada de la comunión Eucarística á la hora de la cena, por aquel que conocía esas impaciencias y esos deseos, y que, participando de ellos, estaba en condición de satisfacerlos?

¿La fuente de vida, y de vida sobreabundante y celeste, en el momento en que brotaba del divino corazón de Jesucristo, no podría entrar desde luego en su cauce más natural, en el que había preparado el Señor, limpio de toda mancha, exento de toda culpa?

Jesús creyó necesario fortificarse, tomando su propio cuerpo, para los grandes trabajos de su pasión y de su muerte.

¿Y habría retirado ese pan, poderoso elemento de fortaleza, á la que más que nadie tenía que ayudarle en su ruda tarea, beber con él la copa de sus amarguras, llevar más generosamente su cruz y ser con él crucificada?

Jesús, antes de ir al sacrificio se despide de aquellos á quienes amaba, dejándoles un testimonio de su infinita ternura.

Ese testimonio es la Eucaristía, que imprimió como un sello de imperecedero recuerdo en lo más íntimo de sus almas.

¿Y María, á la que sin duda amaba el Verbo Encarnado con la efusión más viva y con la más incomparable delicia, habría quedado, en la hora solemne en que Jesucristo abrió su pecho en las intimidades del amor, sin ese testimonio, sin ese ósculo de amor que dejaba á sus discípulos?

¿El corazón de Jesús, el corazón del Hijo de María, el más tierno y el más amante que Dios ha creado para amar á una madre, no le habría dejado esta expresión de su filial afecto, esta prenda de su vuelta gloriosa, después de su ausencia momentánea en la tumba?

No, dice el P. Tesnière: nada podía excluir á María de la primera comunión Eucarística: al contrario, todo lo llamaba á aquel sitio: su título de Madre de Jesús y Reina de los Apóstoles; su cooperación al sacrificio augusto del Calvario, su misión en la Iglesia.

Los Apóstoles representaban en el Cenáculo á los sacerdotes del Nuevo Testamento; pero al pueblo fiel, que recibe el pan Eucarístico y no lo consagra ¿quién podía representarlo, sino María, que era quien lo llevaba en su seno é iba á darlo á luz al día siguiente, en medio de angustias, cuyo eco doloroso aún está llenando los siglos?

«Junto á la Cruz del Salvador, ofrece la Virgen sus lágrimas y sus dolores en reparación del deicidio, á la hora misma en que la ingratitud judía perpetra crimen tan espantoso: su misión de soberana reparadora, debe hacerse sentir al mismo tiempo que la ofensa.

Si, pues, Jesús sufría ya infinito dolor en su alma, por la sacrílega comunión de Judas, preciso era que María, desde aquel momento, comenzase á ofrecerle en su corazón los tesoros de su maternal ternura, para reparar así la ofensa del ingrato discípulo.

Jesús, recibiendo, el primero, su cuerpo sacramentado, llevó á su última perfección las disposiciones que requiere la santidad adorable del sacramento.

Pero Jesús no era hombre solo; era Dios.

¿No habría sido necesario que una simple criatura recibiese la Eucaristía, en su primera efusión, con las disposiciones, con las que nadie, que no sea un Dios, puede recibirla?

Sólo María pudo albergar en su alma al Dios eucarístico, con la misma pureza con que albergó al Verbo Encarnado en sus castas entrañas.

¡Oh admirable comunión de María!

Unión inefable de la Madre y del Hijo, que hacía de los dos un solo corazón para amar, un solo cuerpo para sufrir, una sola voluntad para ofrecer á la justicia de Dios el mismo sacrificio y á los hombres la misma redención.

En la medida en que somos capaces, dignate oh dulce Madre, reproducir en nosotros tu comunión inefable.



EL MISTERIO EUCARISTICO.

I

EXPOSICIÓN DEL MISTERIO.

El Maestro divino, el dulce Redentor de la humanidad pecadora, conduce á sus discípulos á Jerusalén, la víspera de su muerte, los sienta á su mesa y celebra con ellos la cena de Pascua.

Allí, de sus labios que guardan los tesoros de la infinita sabiduría, van á brotar palabras meditadas desde toda la eternidad, y bosquejadas en el desierto, cuando prometía, á las muchedumbres que escuchaban su voz, que daría su carne en alimento y su sangre en bebida, para la redención del humano linaje.

Sabe, y lo recuerda en aquella hora bendita, que viene de Dios, que es Dios como su Padre, y